



JECSE – Pastoral Webinar

**“He sent them two by two ... Accompaniment;
walking with our colleagues from and into the heart of our Ignatian tradition”**

27 January 2022

El educador ignaciano - Fr Carlos Carneiro, sj – Portugal

1. Educar en un contexto plural y secular

A veces idealizamos o dramatizamos tanto los contextos en los que vivimos, de los que la escuela es parte integrante, que vivimos la misión de educar sin llama, sin encanto, sin dirección; sobre todo, sin la certeza de la fe en Jesús, como aliada indispensable en el modo ignaciano de educar. Más que pedagogos creyentes, somos estadísticos o sociólogos de la realidad como si no tuviéramos un "tesoro" que compartir.

Nada ni nadie puede ocultar o sustituir a la persona de Jesús en el modo de educar ignaciano. No hay escuelas ignacianas sin el anuncio, discernido pero explícito, y la experiencia de fe. No es posible construir una "tradición viva" sin los desafíos del Evangelio y el deseo de trascendencia que existe en las nuevas generaciones. Hoy como ayer, independientemente de los tiempos, contextos y características de las generaciones. La globalización, las nuevas tecnologías de la información, la credibilidad científica, el poder de los afectos y de la cultura del ocio y de la movilidad, las familias de nuevo cuño, el cuidado ecológico de nuestra casa común, la prisa por vivirlo todo, etc. son para nosotros un estímulo y no una imposibilidad de educar y de creer.

Educar es un acto de fe (no sólo de civilización o ciudadanía). Todo educador es un creyente. Conoce y cree en las posibilidades de sus alumnos. No se puede educar sin creer en quien se quiere educar. Jesús creía en la forma de educar, de relacionarse, de ampliar horizontes. Se atrevió a proponer y se atrevió a esperar una respuesta. Sólo es posible educar en una relación de confianza. Nadie educa a seres "imaginarios" (por exceso o por defecto) sino a personas concretas, que nunca se conformarán con la adquisición de los mejores conocimientos científicos o culturales "deshumanizados". La innovación pedagógica que proponemos nunca será un enfoque mecánico o ideológico de los que quieren poner al alumno en el centro, retirándose del "campo de batalla".

Necesitamos planes estratégicos, principios pedagógicos y modelos educativos, necesitamos rigor científico y claridad sobre los fines a conseguir, pero nada puede sustituir ni eludir lo más eficaz y esperado de la pedagogía ignaciana: una relación de confianza, la posibilidad de un acompañamiento personalizado, la credibilidad y la coherencia de vida que suscitan el deseo de conocer las razones que guían la fe y la libertad de todo educador.



Antes de acompañar a cada alumno en su "peregrinación" (entre Jerusalén y Emaús y viceversa), cada profesor no puede evitar la posibilidad de hacer un viaje interior que le acerque a Cristo y a la Iglesia, para no ser sólo un empleado ignaciano que hace depender la identidad de su escuela de profesores creyentes o de equipos pastorales. Quizá no sea obligatorio ser creyente, pero es, cuando menos, contradictorio que un profesor menos creyente no se abra a la posibilidad de que Dios esté tan cerca, tan dentro de una propuesta formativa y atractiva que se justifica en el deseo de educar para transformar el mundo, a la manera de Jesús.

2. Para conocer los detalles del viaje.

No basta con adherirse al proyecto, conocer los objetivos, definir el "perfil" del alumno a educar. Un educador no siempre sabe qué hacer y cómo hacerlo. A menudo inicia la jornada ya cansado, repitiendo fórmulas, sin esperar más que el mínimo de sí mismo o de sus alumnos. Demasiados educadores están cansados, "supervivientes", desilusionados, sin vocación natural por la enseñanza.

La Compañía de Jesús cree en sus colaboradores y no quiere dejar a nadie que haga su camino solo, como Jesús no dejó a sus discípulos solos en el camino de vuelta a Emaús, "desilusionados" o frustrados por opciones que no llegaron a nada. Los discípulos conocían bien el camino de vuelta a Emaús, al igual que los educadores saben muchas veces lo que hay que hacer. Lo que los discípulos no sabían era que estaban cegados por la tristeza y la decepción que les robaba la esperanza y la gratitud. No basta con "cumplir", no basta con llegar a la meta, con haber recorrido todo el camino sin dejarse transformar. Somos lo que dejamos que otros nos hagan.

Toda peregrinación, al igual que toda clase, corre el riesgo de ser sólo la oferta de un plan de estudios esperado y nunca una promesa para el futuro. El peregrino, alumno o profesor, puede no conocer del todo el camino, no dominar todos los detalles, el mapa de los peligros y de los lugares de descanso; puede desviarse, equivocarse, caminar solo o acompañado, con prisa o despacio, vaciándose o llenándose de lo que le sucede, pero lo que no puede hacer es borrar de la memoria el motivo de la peregrinación, las razones por las que aprender es una inversión humana que tiene sentido.

En cada etapa, como en cada clase, hay una convocatoria, una fuente que atrae y que puede coincidir con la propuesta evangélica a la libertad de cada uno. El Evangelio no es inhumano, desencarnado, una abstracción. No es una exigencia superior a las posibilidades de la vida y de cada persona. No es un camino de obstáculos sucesivos que sólo unos pocos pueden superar. En realidad, la peregrinación tiene una dimensión paradójica: el peregrino deja el lugar donde está, su propia casa, para ir a "otro lugar", para reencontrarse con sus raíces.

3. Inquietud y paz.

El peregrino experimenta una enorme inquietud interior a medida que se acerca a la meta. Sabe que la peregrinación comienza cuando se alcanza la meta deseada y los ojos de la comprensión y el deseo de permanecer con Aquellos que amplían nuestros



horizontes, nos dan rejillas de evaluación que no limitan a nadie a la eficiencia o al éxito y nos preparan el pan (Jesús) y el pescado (Comunidad) que necesitamos para vivir.

El final del viaje puede tener efectos devastadores sobre las certezas iniciales del peregrino. El camino se convierte en una llamada a la desestructuración de las seguridades y rutinas habituales. El peregrino ha aprendido a leer el camino, a disfrutar haciéndolo con otros, a no llegar solo como cuando lo inició, pues en cada encuentro el cielo ha desencadenado una verdadera movilización contra la indiferencia que congela nuestros corazones y agrava la miopía de la mirada.

Un educador ignaciano es como un pobre peregrino, necesita una humildad constante para "decir adiós" a sus certezas y dejarse hacer por dentro, acogiendo y adoptando como "hijos" a los que Dios le ha dado como alumnos. Un educador ignaciano no es un guía turístico ni un aventurero que va por libre. No camina ni enseña al azar, sabe lo que quiere, lo que busca, a dónde va. Sabe lo que tiene, lo que puede hacer, lo que necesita. Sabe cómo pedir, cómo caer, cómo volver a empezar, cómo esperar. Los criterios de su éxito van más allá de los buenos resultados de sus alumnos. Su urgencia no es generar personas "influyentes" sino personas "transformadoras" que vivan otro proceso pascual en su vida cotidiana. Este es el milagro del viaje, el milagro de la educación.

Al igual que un peregrino no se evalúa por las ampollas, los dolores, los kilómetros recorridos, ningún educador se evalúa por los resultados en la competición. El educador ignaciano enseña a pensar, a discernir, a perdonar, a cuidar, a integrar, a ganar y a perder, a servir. Ningún fracaso lo abate, ningún éxito lo elude, ningún abrazo es suficiente. Tantos educadores se ponen en camino pero tan pocos se dejan poner en camino, tantos cumplen la promesa pero tan pocos se encuentran prometidos a la alegría.

Para los que creen, una escuela siempre será mucho más que un refugio seguro o un puerto de embarque. Es el lugar de lo improbable, lo inesperado, lo totalmente libre. Es la casa donde uno recibe y adopta un mensaje de vida eterna, donde uno busca dentro de sí mismo, en su mapa interior, hecho de consuelos y desolaciones, los signos que hacen coincidir su mundo interior con la cartografía de los acontecimientos reales de la historia donde se ve que Dios nunca desaparece.